

Rincones de Santiago

ENTRE los arquitectos que estudian la transformación de la ciudad—bobalicona y simpática como esas chicas que crecen repentinamente—y los transeuntes que dicen atrocidades de sus tranvías y de sus aceras, hay unos pocos hombres solitarios que le dedican un cariño sosegado.

Cariño sosegado que no les lleva ni al municipio ni a la prensa a combatir por barrios y servicios, y sólo les empuja a vagar por una calle vieja, a buscar un banco abandonado, a abrir en las noches españolas de diciembre, un balcón frente a las estrellas.

Son muy pocos. Yo los conozco. Saben todos los pequeños secretos de sus calles, de sus venteros, de sus rumores, de sus orgullos y de sus campanas. Salen de noche, porque es de noche cuando la ciudad dice sus palabras leales, y trama sus novelas, y muerde la manzana prohibida, y junta en la misma acera penumbrosa el sigilo del apache y la pisada alta-nera de don Juan.

Son, a su modo, poetas. Conocen esas callecitas anónimas y cortas, que siempre tienen una cité con tiestos rotos, y muchachas pálidas, y fonógrafos que no callan jamás.

Han leído todos los letreros grotescos de sus murallas, y han visto, en un charco inmóvil, pasar la luna.

Y ellos son los verdaderos propietarios de la ciudad. Sus nombres no son conocidos por el Conservador de Bienes Raíces, pero ellos son los dueños de la persiana entornada, del viejo farol, de la esquina solitaria, de la acera destrozada por la cual pasa, hacia la dicha, la pareja eterna. El, embustero y

truhán; ella, un poco pálida, y los dos tan embobados por las palabras, por los anhelos y por muchas cosas que no existen, que no saben dónde termina la calle y comienza el paraíso.

Algunas noches, en las avenidas solitarias, estos hombres buscan un banco abandonado, y se embriagan con el rumor vasto, monótono, sordo, oceánico de la ciudad, que es alegre, y es triste, y hace mal.

Guardan un buen cariño para la Alameda, que es el noble camino antiguo, sombreado y anchuroso, abierto por los años y el afán de los hombres, para deleite y orgullo de los encumbrados señores. Abuelo de la patria, salud de la ciudad es este camino; bajo sus frondas anduvieron los héroes y próceres que después llenaron nuestra historia con el rumor de sus sacrificios y de sus espadas. Es vasto y claro, y tiene paz y luz de viejo patio de casa poderosa. El tumulto de la calle mezquina, la miseria del arrabal y la prisa del mercader, no tienen asiento bajo estos árboles añosos que han visto pasar, camino de la muerte, generaciones y generaciones.

Es posible que los muchachos de esta edad sin grandeza, prefieran la calle pinturera y resonante, envanecida con el escaparate, el cartel innoble y la mujer bonita. Pero los amantes de la ciudad comprenden que esas son cosas efímeras, no belleza perdurable. Ellos saben que la Alameda es la vía verdadera que sabe de la anchura y del señorío. No es obra de un municipio, que es hija del tiempo. Ella ofrece la perspectiva, la ráfaga, el cielo abierto y la fronda. En la Alameda el árbol conserva la majestad que luce en las soledades montaÑeras, y el hombre tiene opción al crepúsculo y a la noche estrellada.

Los amantes de la ciudad van a veces a los barrios plebeyos. La calle San Pablo, colérica y triste, estruendosa y salpicada de lodo, es el barrio bajo que está de mal humor.

Mientras la calle San Diego sonríe, se enamora, se pinta los labios, se cubre los dedos con sortijas falsas, y termina siempre por ser, al mismo tiempo, encantadora, sublime y ridícula, la calle San Pablo gruñe, lanza su agria tufarada de cocine-

rías y bodegones, y deja caer en los oídos santos del niño la palabrota ruin.

Por aquí no vive la canción ni la galantería, por estas ace-
ras rotas y desiguales, taconeando el jadeo, el sufrimiento, la pri-
sa y el harapo. Nunca esos hombres que son amigos íntimos
de todas las barriadas de esta desparramada ciudad, vieron tar-
des más tristes que las que caen, lívidas y abrumadoras, refle-
jándose en los charcos de esta calle.

Al sol de octubre le cuesta vestirla de oro. Y cuando la
nochebuena, por fin, logra llevarle un cohete, un farol chinesi-
co y una mujer bonita, entonces de la taberna sale la penden-
cia con las manos crispadas y lo echa todo a rodar. Otelo
pasó aquí. Don Juan no.

En parte alguna se vió más lóbrego y más pobre el peque-
ño restaurant. Una puerta ancha, dos mesas con hule desgarrado,
un viejo aparador y un brasero con tuestos humeantes,
bastan para atraer parroquianos y deudas. Desde las once de
la noche aquí se conoce el color de la bofetada y la cara de
la multa. Los muchados no han aprendido el mecanismo de la
galantería, pero tienen unas manazas duras como cascos de ca-
ballo. Son campeones, no poetas, los novios.

Pero tiene vida la calle San Pablo. Derrocha brío, movi-
miento, estrépito, ansias, pasiones. Nada de languideces ni de
sosiego. Aquí se batalla por el pan o se atrapa la cartera, se
trabaja o se atropella, pero se vive frenéticamente, con unos
deseos arrolladores de vencer.

El pobre hombre que viene de provincia, enloquece entre es-
te río de tranvías y camiones, y anda por ahí con una cara
de náufrago, consultando a todos los policiales de las es-
quinas.

¿Y sus pregones? Merecen el himno. Porque ser pregón en
una calle bien educada y modosita como Lira, como Miraflo-
res, o como Teatinos, nada significa. Basta una cesta con merca-
dería y una voz cualquiera. Hasta a una cupletista se le oiría. Pero
ser pregón entre este infierno de bocinas, de gritos, de detona-
ciones, de choques y de silbidos, es una de las formas nuevas

del heroísmo, No valen las naranjas tanto como el alarido que las anuncia.

Cuando apenas empieza a amanecer, estos pregones despiertan a todo el vecindario, y la gente se echa a la calle con la rabia de no haber dado remate al sueñecito sabroso de la mañana. De ahí viene la cólera, la nerviosidad, el mal humor, la destemplanza y los modales bruscos de esta calle. Esta es la calle que no ha dormido bien.

D. DE LA VEGA.